

Una adicción que mató a cuatro monarcas ingleses

Prof. Dr. Alfredo E. Buzzi

Editor Responsable

Muchos autores se han ocupado del papel que ha desempeñado la enfermedad en la conformación del mundo moderno. Con el mismo sentido podemos preguntarnos cuál es el rol de algunos malos hábitos para la salud de los líderes políticos en el destino de los pueblos.

Los cuatro primeros monarcas de la actual casa reinante en el Reino Unido fumaban en exceso, y aunque poco se publicó en forma oficial acerca de su salud, existen pruebas de que el tabaquismo contribuyó a su fallecimiento.

El iniciador de la casa de Sajonia-Coburgo-Gotha en la monarquía británica fue Eduardo VII, hijo de la Reina Victoria y de Alberto de Sajonia-Coburgo-Gotha. Su hijo, Jorge V, renombró esta casa como "casa de Windsor" en 1917, debido al sentimiento germanófilo en el Reino Unido durante la Primera Guerra Mundial.

Eduardo VII, como Príncipe de Gales y como Rey, contribuyó a popularizar el fumar y convertirlo en una costumbre socialmente aceptable. Considerado el prototipo de la moda europea de su tiempo, aprobaba el consumo de cigarrillos "inmediatamente después de cenar". Según su biógrafo Philip Magnus, "se limitaba estrictamente a un puro pequeño y dos cigarrillos antes del desayuno, pero después fumaba un promedio

diario de 12 enormes puros y 20 cigarrillos". Según su biógrafo Philip Magnus, "se limitaba estrictamente a un puro pequeño y dos cigarrillos antes del desayuno, pero después fumaba un promedio diario de 12 enormes puros y 20 cigarrillos".

A los 40 y tantos años comenzó a aparecer una bronquitis pertinaz. Sus médicos le recomendaron fumar menos, pero no les hizo caso. Ya sexagenario, le faltaba el aliento y en lugar de acechar a los ciervos en el coto de caza del Castillo de Balmoral, se veía obligado a esperar a que otros los ahuyentaran en dirección suya. Hacia el final de su vida, la bronquitis se transformó en una enfermedad severa.

Al mediodía del 6 de mayo de 1910 recibió en el palacio de Buckingham a sir Ernst Cassel, uno de sus consejeros de finanzas, y se fumó un puro grande durante la audiencia. Después de almorzar en su alcoba, se desplomó frente a una ventana abierta víctima de un infarto de miocardio. Luego de varios ataques cardíacos más, perdió el conocimiento por última vez a las 23:30 hs. y falleció 15 minutos después, a los 68 años.

Jorge V, hijo y sucesor de Eduardo VII, también abusaba mucho del tabaco. Siendo ya hombre maduro sufrió frecuentes episodios de bronquitis. En 1931 la enfermedad era ya crónica, y habría de atormentarlo por el resto de sus días.

En febrero de 1935 empeoró notablemente, y durante todo este año su salud fue muy precaria. Se le debió administrar oxígeno en varias ocasiones. La noche del 15 de enero de 1936, el rey llegó a su dormitorio en Sandringham House, una casa de campo en Norfolk que pertenece a la Familia Real Británica, quejándose de un resfriado. Nunca más saldría de la habitación con vida. Se puso cada vez más débil hasta perder poco a poco la conciencia. El 20 de ese mes celebró su último Consejo de Estado, y apenas tuvo fuerza para estampar sus iniciales. Falleció ese mismo día, cinco minutos antes de la medianoche, a los 70 años. Su muerte fue probablemente provocada por una infección viral, como la gripe, que bien hubiera podido resistir de no haber estado sus pulmones tan estropeados por el tabaquismo.

Los dos hijos mayores de Jorge V, Eduardo y Jorge, comenzaron a aficionarse al tabaco en su época de cadetes en la escuela Naval de Osborne, en la isla de Wight. Tenían apenas 13 y 12 años, respectivamente. Pero, como su padre y su abuelo habían fumado, la familia pareció aceptar que ellos debían hacerlo también.

Eduardo ascendió al trono tras la muerte de su padre en 1936. Sin embargo, menos de un año después, anunció sus intenciones de casarse con una estadounidense plebeya, Wallis Simpson. Eduardo VIII debió abdicar de la Corona Británica, el 11 de diciembre de 1936, para poder casarse con Simpson. A partir de ese momento, fue conocido como el duque de Windsor. Así, inesperadamente, Jorge subió al trono como tercer monarca de la Casa de Windsor.

A los 52 años, Jorge VI, que, según cuentan, consumía 40 o 50 cigarrillos diarios, ya padecía arterioesclerosis, una afección estrechamente vinculada al tabaquismo. En

marzo de 1949 debió ser operado por una obstrucción arterial en la pierna derecha. En septiembre de 1951 le extirparon el pulmón izquierdo, donde había crecido un cáncer. Aunque el Rey dio muestras de recuperarse satisfactoriamente, tenía muy pocas probabilidades de seguir con vida. El discurso de Navidad de 1951 que dio el Rey tuvo que ser grabado en partes y luego editado todo junto.

A fines de enero de 1952 los médicos declararon que se estaba restableciendo bien. Sin embargo, en las primeras horas del 6 de febrero murió mientras dormía en Sandringham House, donde había nacido 56 años antes. La razón de la muerte fue una trombosis coronaria. Lo sucedió su hija Isabel, la actual Reina del Reino Unido, que entonces tenía 25 años.

También el duque de Windsor fumó mucho durante casi toda su vida. A partir de la década de 1960, su comenó a deteriorarse. En diciembre de 1964, el cirujano estadounidense Michael DeBakey lo operó en la ciudad de Houston, Texas, de un aneurisma de la aorta abdominal, y en febrero de 1965, el oftalmólogo escocés Stewart Duke-Elder le trató un desprendimiento de retina en el ojo izquierdo. A finales de 1971 se le diagnosticó cáncer de laringe y fue sometido a una terapia de cobalto. Falleció en su casa de París el 28 de mayo de 1972, a la edad de 77 años.

Los casos de estos cuatro monarcas ingleses muestran cómo una familia puede sufrir por tres generaciones sucesivas a causa de su entusiasmo por el tabaco. Otra hubiera sido la historia, con toda seguridad, si no hubieran fumado ni popularizado este hábito.



Cuatro reyes británicos muertos por el tabaco: Eduardo VII (a la derecha), su hijo y sucesor Jorge V (a la izquierda), sus nietos y futuros Eduardo VIII (atrás) y Jorge VI (adelante).